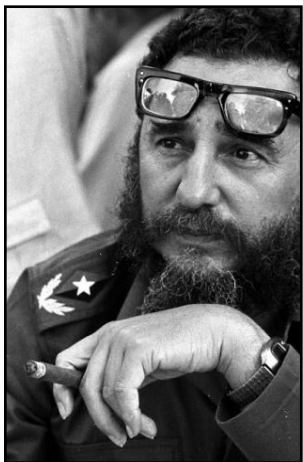


Fidel no termina en Fidel



Hoy cumple 87 años Fidel. Todos los cubanos, los que lo siguen y aman, los que lo odian, no importa a qué generación pertenezcan, son sus hijos. Tal fue la magnitud de su influjo. Aquellos barbudos que entraron sobre camiones y tanquetas artesanales a la capital, hace casi 55 años, quebraron la línea de la historia: un antes, un después. Nada, nadie siguió siendo el mismo. Mi padre volvió a nacer, y sus hijos fuimos un proyecto diferente al imaginado. Los sueños se transformaron en metas alcanzadas y por alcanzar, en proyectos compartidos. Fuimos más realistas: aprendimos a sobrepasar los abismos, las tempestades, los imposibles.

Fidel fue el Martí de nuestra época. La trinchera se corrió en Nuestra América hasta las 90 millas, como había querido Martí. Desde aquel enero de 1959, y especialmente, desde Girón, los latinoamericanos supieron que la victoria era posible. El internacionalismo dejó de ser un acto de militantes “locos”, o un gesto de las naciones “mayores” hacia las “menores”, para encarnar como un deber de pueblos, un compartirlo todo –no lo que sobra, sino lo que apenas alcanzaba–, hasta la sangre.

Fidel era omnipresente, un día pasaba por la escuela nueva, por el recién inaugurado laboratorio, discutía los planes de la zafra azucarera, conversaba con Silvio y Pablo, trazaba sobre un mapa las tácticas guerrilleras de los sandinistas o el avance de las tropas en Angola, o más recientemente, planeaba junto a Chávez la cantidad de personas a las que devolvería la visión, la de los ojos y las del alma. Aparecía de visita en la casa de su amigo García Márquez a las tres de la mañana, improvisaba un discurso de pie durante siete u ocho horas, sin tener que ir al baño, y todavía después conversaba un rato con los periodistas que se atrevían a desafiar su resistencia. Fidel nunca fue Castro, como quería el enemigo, porque siempre fue pueblo. Cortó caña, caminó con la gente en las marchas, y estuvo allí donde había que estar a la hora cero, en el Moncada, en Girón, en la Crisis de octubre, bajo la lluvia y el viento de los huracanes más feroces y en las provocaciones del enemigo. No lo siguieron porque indicó a dónde ir, sino porque fue.

Amaba los desafíos –los más grandes parecían más hermosos–, y los resolvía con jugadas maestras, como un Capablanca de la política. En un mundo dominado por el imperialismo, fue el guerrillero de las ideas y de los actos, de las ideas convertidas en actos. ¿Se equivocó? No se equivocan los que no se atreven a construir caminos propios. Pero estuvo en la primera fila de las victorias, y de las derrotas. Si hoy buscamos otros senderos, no es porque el suyo estuviese equivocado. Cambiaron las condiciones, el mundo se hizo otro, y también cambiaron las tácticas.

Pero Fidel no termina en Fidel. Tengo en mi casa el bello cartel de Ares, “Cuba post Castro”, con su imagen repetida hasta el infinito, multiplicada. Fidel nos acompaña, nos sirve de atalaya, de inspiración; pero a Fidel regresaremos los cubanos, porque muchas de sus ideas quedaron inconclusas, esperan ser

Fidel no termina en Fidel

Publicado en Fidel soldado de las ideas (<http://www.fidelcastro.cu>)

cumplidas en un futuro al que la Humanidad llegará, si no se autodestruye antes.

Fidel cumple hoy 87 años de su breve -la vida siempre es breve cuando se vive para hacer-, e intenso paso por la vida. Pero apenas comienza a vivir en la historia.

Fuente:

Blog "La Isla Desconocida"
13/08/2013

URL de origen: <http://www.fidelcastro.cu/es/articulos/fidel-no-termina-en-fidel?height=600&width=600>